

EUSKAL-ERRIA

REVISTA VASCONGADA

T.º LXVI

SAN SEBASTIÁN 30 DE JUNIO DE 1912

N.º 1059



ELÍAS SALAVERRÍA

Primera medalla en la Exposición de Bellas Artes de Madrid, en 1912.

ELIAS SALAVERRIA

NOSOTROS le conocíamos, le admirábamos y le augurábamos éxitos y triunfos brillantes.

En el último Concurso pictórico organizado en esta ciudad el pasado Diciembre, por el Consistorio de Juegos Florales Euskaros, Salaverría obtuvo el primer premio.

En la Exposición verificada con dicho motivo, su cuadro laureado «Mañía gaño» atrajo las miradas, elogios y admiración de los visitantes.

Pero si aquí era conocido y reconocido como artista de grandes vuelos y excepcionales aptitudes, fuera del rincón venerado de sus intensos amores era un artista anónimo sin personalidad, sin nombre.

Vasco de cuerpo entero, Salaverría ha sabido con la tenacidad propia de la raza, salvar cuantos obstáculos se opusieran a su triunfal carrera, y colocarse en el codiciado lugar de los consagrados como preeminentes en el arte pictórico.

Y Salaverría ha llegado a esas cumbres anheladas en un solo esfuerzo, en un brioso alarde de su privilegiado talento.

Ha presentado un cuadro, y el Jurado al otorgarle una primera medalla, le ha investido con el honroso dictado de artista de primera fila.

La sorpresa, el asombro, la estupefacción producidas al ver escalar las alturas reservadas a los predestinados del arte, a un desconocido, sin nombre y sin personalidad, han sido indescriptibles.

Nadie se explica suceso tan extraordinario.

A nosotros, sin embargo, no nos ha sorprendido.

Y es que nosotros le conocíamos, le admirábamos y le augurábamos éxitos y triunfos brillantes.

Toda la prensa española, al publicar el fallo emitido por el Jurado de la Exposición de Bellas Artes, ha dedicado grandes elogios a nuestro insigne paisano, cuyo nombre desconocido hasta ahora, ha adquirido en pocos días enorme popularidad.

Véase a este propósito lo que decía *El Liberal*, de Madrid:



MATHIA GASHO.— Cuadro de Elías Salaverría premiado en el último Certamen pictórico organizado en esta Ciudad por el Consistorio de Juegos Florales Euskaros, en Diciembre de 1911.

«En cuanto a Elías Salaverría, apenas si sabe nadie quién es. Algunos críticos de arte ignoraban la existencia de este gran artista.

»Salaverría era hace algunos años monaguillo del Santuario de Lezo. Dedicaba al dibujo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, y se daba tan buena maña, que el cura paró su atención en los monigotes que pintaba el monaguillo.

Entre los muchos visitantes que acuden al Santuario de Lezo,

porque al Cristo que allí se venera se le asignan milagrosas virtudes, fué, en un mes de verano, el ya difunto marqués de Cubas, que, como se sabe, era un notable arquitecto y un artista de refinado gusto.

»El cura de Lezo acompañó al marqués en su visita al Santuario, y cuando ya se despedía del opulento prócer, se le ocurrió mostrarle los dibujos del monaguillo Elías, por si aquello merecía la pena de enseñarse.»

Cuenta seguidamente el cronista lo referente a la ayuda que el marqués de Cubas dispensó al artista, y termina diciendo:

«El triunfo de hoy sólo tiene un precedente, que nosotros recordemos, en la historia de la Pintura contemporánea. El de López Mezquita, que ganó una medalla de oro sin haber obtenido antes ninguna recompensa en certámenes públicos.

»Si vivieran el cura de Lezo, que fué el primer sorprendido con los monigotes que pintaba el monago, y el marqués de Cubas, que al primer golpe de vista adivinó en aquel chicuelo la existencia de un pintor, recordarian ahora con tierno regocijo aquella tarde de verano en que el uno enseñó al otro los esbozos del monaguillo.

»Este monaguillo, que no ha ido a Roma, ni ha rodado por estudios y talleres, ni conocía a los Jurados de hoy, se lleva una medalla de oro, juntamente con Martínez Cubelis y Rusiñol, cuya celebridad no necesita de nuevas alas para expandirse a los cuatro vientos.»

*
* *

Pero estos entusiásticos y merecidos elogios no son ninguna revelación para los paisanos de Salaverría.

Aquí se había hecho justicia a sus excepcionales facultades. Entre otros trabajos dedicados a estudiar la extraordinaria labor de Salaverría, figura el notabilísimo estudio que el infatigable y culto escritor donostiarra, nuestro compañero de Consistorio, D. Adrián de Loyarte, le dedicó en la excelente revista *La Lectura*.

Dice así:

Y, por fin, entramos en la cuestión que ha sido origen de este artículo. La pintura de Elías Salaverría va surgiendo de un modo fuerte y vigoroso. Salaverría, monaguillo de la iglesia de Lezo (Guipúzcoa) en su niñez; discípulo del insigne Menéndez Pidal más tarde, cuando sus aptitudes artísticas fueron atisbadas por personas ilustres, es en la actualidad el pintor más vigoroso de la pujante juventud. Su temperamento es de una exquisita sensibilidad. Tiene la condición más esencial del artista: el sentimiento del asunto que desarrolla. Siente el pai-

saje con apasionamiento; siente el mar, las montañas, los valles, las aldeas y la vida toda de su país con un vigor raro en estos tiempos que todo se amolda a lo convencional y lo positivo. Su labor es fecunda, y no por fecunda menos artística. Sus primeros lienzos han sido premiados con medallas de plata en Madrid y de bronce en Buenos Aires. Cuando pinta el paisaje consigue alcanzar la verdadera y justa tonalidad. No he conocido artista vasco que en esto le haya superado. Uno de sus mejores cuadros representa «Una procesión en el país vasco». Es de grandes dimensiones, aunque no por eso esté trazado con la debida variedad. A Salaverría le ocurre lo que a los niños precoces, que el exceso de conocimientos les conduce a ser monótonos. Pocos artistas habrá que tengan una imaginación tan exuberante como la de Salaverría, y, sin embargo, esa misma imaginación que parece ha de servirle para desenvolver sus asuntos con hermosa pujanza, le conduce a una composición poco estudiada o formada sin la debida meditación. No sé si esto se debe a falta de reconcentración en la idea, a falta de la debida preparación, o si es que realmente no exterioriza con el pincel con el mismo vigor con que la concibe. Es el caso que, pensando maravillosamente el asunto, no lo desenvuelve con la debida fuerza ideal.

»Pero ¿quiere decir esto que carece en absoluto de composición? No. Nada de eso. Quiere decir únicamente que existe algo inexplicable entre Salaverría el observador, el pensador, el filósofo, el artista ideal, en una palabra, y el Salaverría manejador del pincel. Son dos piezas distintas, debiendo ser una sola. Son dos cuerpos con dos almas, no debiendo ser más que un cuerpo con una sola alma. Analicemos el lienzo de «Una procesión en el país vasco». Al momento corroboraremos la opinión de cuanto venimos diciendo. El asunto es de suyo sencillo y, sin embargo, se presta para que el lienzo resulte emotivo. Y, en realidad, lo consigue Salaverría. Ha dado a su cuadro una espiritualidad religiosa en carácter con la espiritualidad de la gente del campo y la aldea vascongada.

»Nuestro Señor es conducido bajo palio por un sacerdote o religioso, acompañado de un hermano en religión. Tres aldeanos de cada lado, con sus respectivos cirios encendidos, acompañan haciendo guardia. Las varas del palio son llevadas por otros tantos aldeanos, y, por último, termina la comitiva con un numeroso acompañamiento de mujeres devotas, por su aspecto exterior marcadamente aldeanas vascongadas. Allá en el fondo se ve la iglesia, y en perspectiva el paisaje de los valles y las montañas. Este es el asunto. Todas las figuras están expuestas con tan escasa libertad, que parecen movidas por un resorte mecánico interior. Falta la variedad en los movimientos. Encontramos que hay excesivo número de figuras colocadas en una misma postura para la sencillez del asunto. Hay algo de militar y de ordenamiento indebido en este cuadro.

»Sin embargo, lo que le falta a Salaverría en la variedad lo tiene, no digamos con exceso, pero sí con riqueza, en la observación y en los rasgos esenciales de los personajes que pinta su pincel. En el cuadro que hemos mencionado, todos los tipos son vascos. Y no vascos así de cualquier modo que, *difundiéndose*, podrían llegar a confundirse con los tipos de los demás pueblos y razas; no. Son fisonomías de escasa rigurosidad física. Las narices aguileñas sobresalen entre las demás. Los bustos no redondeados reflejan las verdaderas fisonomías del aldeano habitante de las montañas vascas. Su mirada es seria, sin rayar en la dureza. Más de noble que de penderciera. Lo mismo exactamente decimos de las mujeres. En éstas, más que la exactitud de los rostros, notamos la humildad severa de sus miradas como algo inconfundible en la mujer vascongada. La mayoría de éstas, que aparecen acompañando al Santísimo, son escualidas y sexagenarias. Y en este tipo no es posible hacer en el lienzo una mujer con mayor exactitud física y psicológica.

»En cuanto al colorido, también en esto Salaverría se ha ajustado perfectamente a la realidad. Los trazos vigorosos que sobresalen en los pómulos, frente y vista de esas mujeres son maravillosos. Si a la exactitud anatómica, por decirlo así, hubiese acompañando la debida transparencia en el color, mayor intensidad en la mirada y más libertad en sus movimientos, la pintura de la personalidad de la mujer vascongada hubiera resultado de mano maestra. Sin embargo, y a pesar de cuanto decimos, con la sinceridad con que siempre expresamos cuanto sentimos, sin elogios desmesurados que siempre conducen al engaño y hasta a la anulación como artista—o lo que sea—de la persona desmesuradamente elogiada, decimos que Salaverría es el primer temperamento artístico de la actual juventud vasconavarra; Salaverría es el pintor de mayor sentimiento y de más exenta visión de la realidad de las cosas. Ha observado con tal exactitud los movimientos de sus paisanos, la robusta física de la gente del campo, la belleza cariátide de la mujer vascongada, la monotonía del paisaje otoñal, la alegre exuberancia de sus valles y la vida en general del país vascongado, que en la actualidad será, en mi opinión, el pintor de más aguda observación nacido en tierra euskara.

»Otro de sus cuadros lo constituye «Tipos vascos». Estamos con la misma cuestión fundamental que en el lienzo anterior. Observación aguda y penetrante, exacta robustez en el colorido, estudio psicológico muy exacto, conocimiento, en suma, de la vida y de los tipos euskaldunas como pocos o ningún pintor lo ha hecho, fuera de Ignacio Ugarte. Movimiento, libertad en el asunto, muy poca; imaginación escasa y cierto descuido en el estudio del detalle; pero sin que ello vaya en detrimento de la pintura, sino como mero descuido en el detenimiento necesario e imprescindible de todo artista. El lector irá viendo por estos dos cuadros mencionados, que los asuntos tratados

por Salaverría, son, por lo general, paisajes y trozos de vida. Sin embargo, uno de sus últimos lienzos, y no de los que peor están trazados por su pincel, es de asunto religioso. Representa la «Ascensión del Señor». No tiene ni con mucho las dimensiones de los dos lienzos de que hemos hablado, y, sin embargo, al momento se nota el adelanto de Salaverría en la composición de su lienzo. En mutua comunicación el alma creyente con lo que ha sido objeto del asunto de sus convicciones, ha tenido en cuenta la unción, el aspecto, el fondo religioso del que aquél había de ir empapado. Por eso al pintarnos Salaverría las gentes absortas, anonadadas ante el espectáculo de la Ascensión, miran a Jesús, no con la indiferencia vulgar ni con la risa del despreocupado, sino con la feliz intuición del creyente. Una de las figuras que sobresalen en el lienzo es la de San Juan, perplejo en aquel instante, medio de terror, medio de admiración, cubierto con blanca túnica, que descuidadamente la deja caer sobre su cuerpo. La Virgen muy bien estudiada y los Apóstoles con todas las gentes que presencian la Ascensión, completan tan simpático grupo. El contraste de luces indica en este lienzo que Salaverría no lo ha estudiado menos que los rasgos característicos de los personajes. Al ascender el Salvador refleja en los rostros de todos los circunstantes rayos de aurea luz, que en el lienzo idealizan la belleza en general del asunto. Este contraste de luces precisamente hace que la variedad de los tipos que completan el cuadro, sin ser de efecto fantástico, la pintura surge con alto relieve y colorido, admirablemente observado por la inteligencia del artista. Y todo ello en consonancia con el fondo en que aparecen; rasgos de un azul cobalto, ligeramente violeta, las montañas y el mar Negro, imprime a la pintura un aire de majestad al mismo tiempo que de ligera melancolía. Y he aquí cómo Salaverría, sin llegar en su lienzo a las enormes dimensiones a que nos tiene acostumbrados, ha hecho más asunto y con mayor libertad en el pincel, sustituyendo de este modo la bella variedad por la profunda monotonía. Este lienzo ha sido, sin género de duda, una de las más felices concepciones de Salaverría, por no decir la más feliz de todas. Es de un marcadísimo corte religioso, y abundan en él trozos y detalles de bellissimo colorido.

»Claro está que el pintor guipuzcoano ha hecho una labor más extensa que la que expongo en estas páginas; pero la exposición documental de toda ella sería interminable y seguramente cansaría al amable lector. Sin embargo, dedicaremos unas cuantas líneas más para decir que Salaverría, como discípulo del ilustre Menéndez Pidal, procede de la escuela clásica, de una admirable pureza de estilo. De cuando en cuando se nota cierta tendencia a la escuela, mejor dicho, al modernismo colorista; pero ello no deja de ser más que, a lo sumo, ligeros manchones y débiles pasajes que nada dicen al fondo general de su pintura y a su tendencia sana y creadora. Ea un ejemplo más donde tienen que imitar la mayoría de los pintores de la juventud contempo-

ránea, que por llamar sobre sus lienzos la atención del público, no vacilan en orientarse por escuelas despreocupadas de toda regla y noción fundamental. Resultando de este descuido académico que, en lugar de hacer arte, lo que hacen es una serie de manchas sobre el lienzo, que ni resulta emotivo, ni adquiere personalidad, ni cumple una finalidad más que la de la destrucción de lo bueno, ni llega, por último, a llenar los más altos requisitos necesarios del arte, belleza y sentimiento. Salaverría no pertenece a esta generación de enervantes pintores. Cuida mucho del dibujo y de su exactitud, aunque a veces no con la perfección que fuera de desear. En las combinaciones de colores tiene sumo cuidado en seguir la tradicional escuela de su eminente profesor. Algo difuso es en algunos rostros de tipos característicos; poca transparencia acusan también ciertas pinceladas; pero la mancha, el colorido, la luz siempre es exacta y admirable. Por eso el temperamento de Salaverría es eminentemente artístico. Tiene un alma de artista de primera fuerza, y por eso llegará y llegará a los primeros puestos.

»Fuera de esto, reúne además condiciones que no se ven por lo común en los artistas. Es trabajador; tiene perseverancia y fe en su labor; estudia los asuntos, se empapa bien de ellos hasta assimilarlos; lee y pasea por el campo; frecuenta el trato de literatos, personas cultas y estudiosas y es hombre moral. ¿Se pretenden mejores condiciones para el triunfo que las que nos presenta este joven pintor guipuzcoano? En mi concepto no es lo común reunir en un artista todas estas cualidades. Véase, pues, una vez más cómo el país vascongado produce artistas estimables que al lado de sus escritores y músicos forman el nuevo horizonte de una fértil y profunda generación. No es fácil producir idealismo en una nación, un pueblo o una raza donde abunda el materialismo que, si es útil y bueno en su justo medio y en su campo de acción, es perverso cuando constituye una rémora para el desenvolvimiento de la cultura y el ideal a través de las nuevas constituciones sociales.

»Seamos, pues, siempre justos al hablar de las cosas y personas. No dejemos de reconocer las condiciones que realmente existen en la idiosincracia del país vascongado.»

*
* *

Su país natal no podía menos de tomar parte en el coro de elogios y felicitaciones que de todas partes se han dirigido al insigne artista, y a la cabeza del país se ha colocado, siguiendo la vieja tradición de la Euskal-erria, la Excma. Corporación provincial.

En sesión celebrada el día 3 de Junio, adoptó dicho acuerdo en los siguientes términos:

«El Sr. Laffitte pidió la palabra, y dijo que en la Exposición de Bellas Artes recientemente celebrada en Madrid, se había concedido una de las primeras medallas al pintor guipuzcoano D. Elías Salaverria, por un cuadro que representa también un asunto tomado de la vida de Guipúzcoa. Y propuso que la Diputación, después de consignar en acta su satisfacción por este triunfo tan envidiable de un hijo de la provincia, que gozó de una de las becas que esta Corporación suele conceder para el cultivo de las Bellas Artes, dirigiese una entusiasta y efusiva felicitación al agraciado, que está llamado a dar días de gloria a su tierra nativa.

»La proposición verbal del Sr. Laffitte fué unánimemente aceptada por S. E.»

Sus paisanos y admiradores residentes en Madrid hanle obsequiado con un banquete, en el que, entre otros entusiastas *errikošemes*, figuraba nuestro respetable amigo el exministro donostiarra D. Fermín Calbetón.

A dicho acto dirigieron calurosas adhesiones las Corporaciones y entidades del país vasco, y a esas manifestaciones de cariñosa simpatía, unimos la expresión entusiasta de nuestra admiración, y de nuestro ferviente afecto al afortunado artista *lezoarra*.

J. BENGOCHEA

